

RECORDANDO A SOR BLANCA



Sor Blanca, ¿dónde estás? Solo puedo escuchar el silencio de una vida que ha volado más alto y ya no alcanzo a ver, pero a través del tiempo has dejado tu estela al pasar sobre el colegio que tantos años te vio trabajar, organizar, educar, respetar. Tanta entrega y tanta diplomacia a la hora de decidir, a la hora de discernir para que todo fuera bien y no herir a nadie, quedando bien con todos por esa habilidad que tú tenías y resolviendo cualquier problema con aplomo y decisión.



Muchos los alumnos que a través de sus ojos veían a la directora pasar, muchos corazones rotos, otros llenos de vida, corazones anhelantes de vidas infantiles o adolescentes a tu cargo como directora. Tú mirabas, no hablabas, pensabas, razonabas. La preocupación por la educación de todos los alumnos que albergaba el colegio, era tú responsabilidad, los deseos que tenías no cambiaban las cosas, pero las decisiones que tomabas lo cambiaba todo

Una hoja caída después de cumplir su misión. Brotaste, diste color a la vida y cuando llegó el tiempo caíste. Tu tiempo ha terminado, pero no has caído al suelo sino que el viento te ha elevado. Fuiste brillante, pero sobre todo, muy sobre todo, alumbraste y fuiste un corazón paciente, con capacidad de escucha.

Llegó el día en el que has podido decir que valió la pena la vida, valió la pena orar, valió la pena cada lagrima, porque Dios te dio más de lo que pudiste perder. Dios ha palpitado en ti durante más de 90 años y en ellos hubo perdón y esperanza. Pasaste la antorcha cuando llegó el tiempo de tu retirada y te sumiste en el silencio de otra forma de vivir, con naturalidad. Primero como directora, después como Provincial y pasaste por la portería, por el comedor y por aquello que era necesario en la comunidad, con una naturalidad de servicio, sin más, misionera, testigo y fiel.

Gracias Sor Blanca por tu vida, tu generosidad y tu lealtad. Vuela, vuela alto en la eternidad, ahora tu corazón palpita en la presencia de Dios.

Sor Lucía Santos



SE DURMIÓ EN EL SEÑOR

Contemplando su sereno rostro parecía deslizarse de los labios espontáneamente la expresión tradicionalmente consagrada: “Se durmió en el Señor “. Eso sentí la mañana del pasado nueve de marzo.



Hasta el último periodo de su vida no tuve ocasión de convivir con Sor Sara, pero por lo que pude intuir, muy pronto pudo tener una experiencia común a los misioneros: la adaptación a ambientes completamente nuevos, puesto que ella, habiendo nacido en Cuba, y quizás por eso, le parecía el peor insulto llamar a alguien “comunista”. ¿Habría dejado su experiencia temprana algún rastro en el subconsciente?, pero a los tres añitos regresó con sus padres a España, a la Provincia de Salamanca. Aquí, sin duda, el Señor la fue guiando en su vocación hasta el ingreso en nuestra Congregación, donde encontró cauce su inteligencia que tenía mucha, su entusiasmo y potente voz, así como tres grandes amores de su corazón: el Rosario, la Virgen y los hermanos.

En los años de su servicio joven a los hermanos, fue guiada hacia actividades sencillas y contacto directo, especialmente con los aspirantes a dominicos en los seminarios menores de aquella época. El Padre que presidió la Eucaristía en su funeral, uno de aquellos niños, hizo alusión a la ternura de Sor Sara, tan necesaria y preciosa para aquellos pequeños que buscaban a Dios lejos físicamente, de sus madres.

Cuando la experiencia de una fuerte caída, la obligó a usar la silla de ruedas, la oración, dormitando, a veces, como duerme el niño en brazos de su Madre, y la Virgen eran sus constantes apoyos... Si perdía su rosario no se quedaba tranquila hasta encontrarlo. No sin gracia, cuando antes de descansar iba, como tenía prescrito, a dar un paseíto alrededor de los pasillos, que le costaba lo suyo, porque, aunque no hubiera razón, siempre temía caerse, le decía a la señora que la ayudaba: “ No me hables que voy rezando”. Quizás forzada por las limitaciones, sentía una necesidad, casi infantil, del apoyo de la Comunidad y, a veces añadía: “Seguidme todas no sea que me caiga”.

Últimamente, la dificultad que tenía para eliminar las flemas se agudizó y estaba bajo un nuevo tratamiento para ayudarla. Una de las señoras que la atendían, pero que hacía tiempo que no le tocaba aquí el turno, al salir, comentó en la portería: “Me parece que ha dado mucho bajón, no pide las cosas con esa energía con que las pedía.” A mí me dio gran alegría el oírlo; porque, aunque la debilidad física tuviera su parte, me confirmó algo que yo había notado. En algunos momentos la oí pidiendo las cosas con tan amable humildad que había pensado sin comentarlo: **“El Señor está dando los últimos retoques a su Obra...”**

El día ocho de marzo por la tarde aparecía con mente muy clara y serena; pero decía que solo quería ya descansar. A última hora ya había rechazado totalmente la cena, cosa no normal en ella, y su respiración era un poco especial, estaban dos Hermanas en su habitación viendo la situación y ella les dijo: “No se preocupen. Pueden irse. Dios se lo pague. Solo quiero descansar”. Estas fueron sus últimas palabras y seguro que descansó en los brazos de María. Eso reflejaba su rostro: sus ojos cerrados suavemente como en un sueño tranquilo y, en sus labios entreabiertos se podía distinguir como una suave sonrisa...

Sor Sara ¡Cuánto vamos a extrañar que no nos llames, al pasar por la sala!

¡DESCANSA, TEN PAZ!

Sor Rosalía Gómez